

Escribir sin papel

Escritos políticos



EL PACTO II

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en www.escribirsinpapel.es
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



EL PACTO II

1. De la ilusión a la rutina

Hace pocos días he oído una frase, atribuida a B. Pérez Galdós, según la cual en España los reaccionarios lo han sido siempre de verdad, mientras que los progresistas lo han sido siempre de pacotilla. Bien mirado, no le falta razón. En los años setenta se llenaban los mítines de la izquierda, había más comunistas que en ningún sitio, la Universidad era un crisol de ideologías marxistas. Y en los años ochenta todo esto se fue diluyendo en el agua del día a día. Si queremos ver en esos izquierdistas a los progresistas de Galdós, volvemos a constatar que son de pacotilla. Pero la gente de la derecha, esos sí que siguieron siempre sin moverse de donde estaban, viendo cómo en sus filas se alistaba cada vez más gente.

Yo mismo puedo considerarme un izquierdista poco hecho. Milité en varias organizaciones, estuve muy cerca de los comunistas y, mucho más agusto, de los anarquistas. Pero siempre me pasaba lo mismo. Una vez que estaba entre ellos, no encontraba que yo tuviese mucho que decir o hacer allí, ni tampoco veía cómo podían esos compañeros aportarme algo, empleados como estaban permanentemente decidir si editar un periódico con papel normal (más barato) o con papel reciclado (más caro, pero más acorde con el contenido); en discutir si se sale en manifestación con una bandera o con una pancarta; o otras cosas por el estilo. Y estas discusiones podían durar horas. Así que yo duraba poco. Al poco tiempo de entrar, ya estaba cansado y acudía con desgana a las reuniones. Tenía una idea un tanto romántica de la militancia, me creía que aquello tenía que ser como las reuniones que mantenían los protagonistas de *La madre*, de Gorki. Esperaba un sinfín de discusiones filosóficas de alta política y soñaba con influir de manera decisiva en la sociedad española. ¿Para qué se metía uno en política si no? ¿Sólo para discutir por el papel de la revista? Y sin embargo, debía de ser el único que veía así las cosas.

Yo me mantenía un tanto alejado de la política del día a día. Y además diría que casi voluntariamente. No me interesaba demasiado, porque yo prefería la Historia, la sociedad futura, y no si un ministro tomaba una decisión o tomaba otra.

Era, supongo, un izquierdista de pacotilla.

Pero...¿y los otros, los que sí estaban en la militancia completa, los

sindicalistas, los de los partidos y organizaciones? ¿Cómo eran esos? Aún en los años setenta era fácil aceptar los parámetros marxistas hechos a medida del siglo XIX. La idea del proletariado bueno explotado por una minoría burguesa desaprensiva y decadente calaba aún en todos los izquierdistas. Eran conceptos tomados de la sociedad decimonónica que llegaban hasta entonces sin haber sufrido casi modificación. Como el referente en España era la República, la imagen cobraba todavía más viveza, porque en los años treinta sí que se podía aplicar casi sin reparos. Pero no se veía a Olof Palme como un izquierdista, porque no encajaba en los esquemas proletarios. Esta idea era una idea equivocada, porque la sociedad que teníamos alrededor era otra. Los proletarios no vivían en la desesperanza en la que estaban los proletarios del XIX, ni la educación estaba vetada para ellos, ni los sueldos eran de hambre ni las jornadas eran esclavistas. Se podían decir todas esas cosas, pero todos veíamos que no se adecuaban a la realidad. Y si se seguían diciendo era porque así se enganchaba mucha gente. Eran clichés que atraían, que sonaban muy bien.

Y con esos clichés, nuestros sindicalistas, nuestros militantes, nuestros concejales y diputados de la izquierda, entraron en los años ochenta como tripulantes de un barco de pasajeros, cuyo destino era –digámoslo claro– la sociedad burguesa que tanto criticaban. Y los pasajeros éramos todos los españoles. Como en el cuento de Collodi, se hacía embarcar a todos con la promesa de que se viajaba hacia una felicidad social de izquierdas, pero los capitanes sabían que el rumbo era la democracia burguesa de los grandes capitalistas. Siempre llegaba un momento en el que cualquiera podía mirar a su alrededor y decirse que nadie fiable defendía las ideas que uno tenía, a pesar de que de palabra se erigían todos en grandes defensores de esas ideas. O sea, siempre llegaba el momento del desencanto, de la desconfianza.

Ser de izquierdas comenzaba a no ser algo tan fácil. Empezaba uno a moverse entre los camaradas del grupo con sus tediosas discusiones y su cortedad de miras, y los partidos de izquierda con sus intereses a corto plazo y sus permanentes traiciones.

En muchas ocasiones tuve la sensación de que se estaba pasando del compromiso a la pose, o –peor aún– de la reflexión política al apasionamiento personal. Quiero decir que las cuestiones sociales, en líneas generales, se estaban dejando de tomar en serio, y que empezaba a pesar más lo personal. Esto es muy propio de las democracias, al fin y al cabo esto es el signo más reconocible de la democracia burguesa y de la burguesía en general: preocuparse ante todo por lo

propio dejando atrás el sentido solidario y el compromiso. Con respecto a esta idea, no dejaba de parecerme, y aún hoy pienso lo mismo, que antes se vivía la política con un sentido religioso. Se repetían las consignas como las letanías, se hablaba de los libros como del Libro, de los autores como de los padres de la iglesia, se creía en un horizonte de felicidad como se cree en la vida eterna. Se vivía, repito, la política con un sentido religioso. Pero ahora se empezaba a ver todo de otra manera. Los deseos en política, las satisfacciones o desilusiones, todo lo referido a la política, se hacía más concreto. Se parecía ahora más al sentido del hincha deportivo, que quiere que su equipo gane todos los partidos y que el contrario los pierda todos, pero no sabría decir por qué lo quiere. Es algo que sale de la tripa, lo llaman pasión. No había reflexión. Se comenzaba a vivir la política como una división de buenos y malos, de nosotros y ellos, y el objetivo era ganar elecciones. Para eso se fabricaban unos clichés inamovibles, como que la bandera de España era un símbolo facha. Así que todos los de derechas llevaban una en la correa del reloj y los de izquierdas abominaban de la bandera como si fuera del enemigo. Y otras cosas por el estilo.

Supongo que todo fue un proceso normal. La democracia es aburrida, adormecedora. Es lo más burgués que puede haber. Pero nadie podía cuestionarla, ni tampoco habría sido muy oportuno, viniendo de una sangrienta dictadura militar. A mí sí que me gustaba sacar el tema y considerar si no sería mejor otro sistema, por ejemplo el comunista si es que uno se decía comunista. Por cierto que los comunista empezaban ya a escasear: se inventó el concepto de la Casa Común de la Izquierda, el partido socialista, y a ella fueron entrando todos uno detrás de otro. Pero ¿quién iba a preferir lo que se decía de Bulgaria o de la RDA, al clima político que se tenía ya en España por los años ochenta y tantos?

Entonces cayó el Muro. No era quizá lo más importante, habían caído regímenes comunistas antes, incluso el propio régimen soviético. Pero como símbolo... Aquello valía como símbolo un Potosí.

Entre la gente de la izquierda, con un partido de izquierdas en el poder, con los símbolos de la izquierda internacional caídos por tierra, cundió el desencanto. Esta era la palabra fetiche, se repetía una y otra vez. Quizá incluso sirvió para dar un matiz romántico a lo que estaba pasando por las cabezas de tantos: somos los perdedores, los héroes románticos que nunca alcanzan su satisfacción, su triunfo. Visto desde hoy, aquello no era más que aburguesamiento, por usar un término tan querido por la izquierda.

Era difícil no caer en ese aburguesamiento–desencanto. A esas alturas ya se sabía que no era posible alcanzar los logros de la revolución, que España no iba a ser republicana (nacían los primeros *juancarlistas*). Y para colmo, había que estar ciego para negar que se vivía mucho mejor. Todo había mejorado muchísimo, la vida cotidiana y la vida en general. Entonces el problema era el paro, pero no se veía como una consecuencia de la especulación capitalista, sino como una desgracia personal. Los parados no eran sujetos de la revolución, sino personas con mala suerte a la espera de una oportunidad. En ese mundo, casi de color de rosa, la abjuración de todos los principios era lo más fácil y fue en realidad lo que hicimos casi todos. Por no decir todos.

Junto a todo esto, se comenzó a ver por aquellos últimos ochenta una figura que aún sobrevive y que se multiplicó en los noventa. El progre que presumía de que había sido el más rojo de todos pero que ahora vivía como un marajá. Buen trabajo, buen sueldo, casa propia, gustos refinados –todos sabían de vinos, de cocochas, de música clásica–, eran la marca de identidad de estos progres. Como nadie era más rojo que ellos, no se buscaba una postura ideológica crítica ni, mucho menos, revolucionaria. Ya se era de izquierdas. Esa figura ha hecho más daño a la izquierda que muchos teóricos del neoliberalismo. El progre, cuyos enemigos llamaban por su apellido: progre trasnochado. Los hijos de esos rojos estudiaban en los mejores colegios privados y vivían como auténticos pijos. Eran el reflejo de lo que sus padres entendían por éxito, que era el éxito social, no el éxito personal. Estos hijos vivían a capricho ante la mirada complacida de sus padres.

Para entender esta figura en la que muchos nos deberíamos ver retratados, hay que pensar en que uno se cansa de esforzarse para nada. Cuando uno es Che Guevara, cuando puede hacer la revolución en diferentes países y además las cosas le salen, entonces ve el horizonte y ve que hay algo. Pero eso estaba muy lejos de nosotros. Parecía que ya habíamos llegado y que el camino no llevaba más lejos. Aburguesarse entonces ya no dolía, era constatar que se podía vivir como un capitalista pensando como un izquierdista. Cada uno se tejía una aureola heroica y con ella vivía tan feliz.

Me consolaba una idea de Georges Brassens, que decía que si se es un inconformista es necesario hacer cada mañana un pacto con la realidad, es decir, que cada día hay que saber combinar la realidad y la voluntad de cambio, de manera que no lleguemos a ser unos permanentes defraudados ni tampoco lleguemos a aceptar todo como bueno. Ese pacto con la realidad era un buen

colchón sobre el que dormir y soñar con los ideales de la juventud. Al despertar, la realidad se imponía de nuevo. Como consuelo, da para ir tirando.

Tras la caída del Muro de Berlín y del Bloque Socialista, los partidos de izquierda en Europa tuvieron que derechizarse. Sintieron vergüenza de defender lo que habían defendido siempre. Era muy difícil hablar mal de capitalismo y bien del comunismo, y además los obreros ya se habían convertido en compradores de grandes superficies y no querían oír monsergas sociales. Lo moderno era ser capitalista y defender el sistema, aunque fuera uno socialista. Se constataba aquello de que el capitalismo es el mal menor, el mejor de los sistemas posibles. Y comenzaron a desideologizarse todos, partidos y personas. Los partidos y las organizaciones políticas o de pensamiento ahora se llamaban Olivo, Izquierda Unida, Foro Social, Iniciativa por Cataluña,... Esto pasaba también en el otro bando: Familia y libertad, Partido Popular, Forza Italia (!!!),...

En fin: a mediados de los años ochenta, ocho o diez años después de que muriera Franco, era fácil comprender que nunca habría una revolución. En una ocasión, un amigo mío mayor que yo, que había conocido de joven a compañeros de trabajo de Europa, principalmente de Francia y Bélgica, me dijo lo que sus amigos le habían advertido. En los estertores del franquismo y con toda la ilusión desbordada (o contenida, según lo cerca que estuviese la policía), estos europeos decían que al comienzo todo sería muy bonito, pero que llega siempre un momento en que la *la democracia es aburrida*. Se convierte todo en un ir de día en día, celebrando o lamentando las declaraciones o los hechos pobres de los políticos de la televisión. El pueblo ya no existe ni interviene en política más que para votar. Como mucho, aparece en las tertulias de la radio, en las que los periodistas lo escuchan con paciencia (yo creo que mirando el reloj y recordándose a sí mismos que eso va en el salario) siempre al final del programa. La democracia, la política se han vuelto materia de políticos y de periodistas. Se ha hecho aburrida.

Ya no se puede cambiar nada porque ya nadie espera ni ansía una revolución, aunque sea pequeñita. Revolucionario es un término negativo en la política de la democracia. Ningún político quiere serlo, ni siquiera los de la izquierda. Se advierte que sólo se cambian las cositas, los sucesos de cada día. Se avanza en integración social de un colectivo, en bienestar de jubilados, en unas pocas becas más para estudiar,... Pero de cambio de sociedad, nada de nada. Pues bien, eso es lo que se define como aburguesamiento. Ya nadie quiere cambiar la

sociedad, sólo cambiar un poco de la propia vida, mejorar en la medida de lo posible. Y hacerse rico.

Los antiguos militantes de la izquierda a esas alturas estaban obsesionados con proporcionar a sus hijos, que ya eran mozalbetes, una educación de calidad, con sus clases de inglés, de ballet, de música, de lo que sea. Incluso los había que los mandaban al extranjero para que así se formaran mejor. Mejor que los demás, claro está. O sea, que los militantes del igualitarismo se empeñaban en que sus hijos fueran mejores que los otros.

Los antiguos militantes de la izquierda a esas alturas estaban ocupados en encontrar una hipoteca barata para comprar un piso propio. Lo de que la propiedad es un robo no iba con ellos: es que los alquileres suponían tirar el dinero a la basura. Y eso es cierto, visto desde alguna perspectiva capitalista de ahorro y el gasto. Pero lo peor era que lo habían propiciado las leyes de un gobierno socialista, para conseguir que la construcción fuese el motor de la economía en España.

Los antiguos militantes de la izquierda a esas alturas eran sólo militantes ante las urnas y en las tertulias. Éramos.

2. La travesía del desierto

Caído el bloque soviético, la mirada hacia el comunismo y el marxismo en general no podía ser benevolente. Era muy difícil defender el comunismo. Todos huían del barco como las ratas cuando veían que se incendiaba. Nadie era marxista y nadie había sido nunca comunista. ¿Era eso una derrota del marxismo? ¿Tenemos que pensar que en la guerra entre el marxismo y el mercado capitalista se había librado ya la última batalla? Pues parecía que sí: fin del marxismo.

Para mí, aquello supuso una reafirmación como marxista, al menos en los planos de análisis filosófico de la sociedad. Entendí entonces –y nunca antes, cuando todos eran marxistas– que el marxismo era un intento de acabar con la injusticia entre los hombres, como lo pudo ser en algún momento el cristianismo: la otra gran teoría basada en que todos los hombres somos iguales y la sociedad nos hace desiguales. El cristianismo fracasó por la vía de la renuncia a sus

principios igualitarios. El marxismo había fracasado por la torpeza de quienes se encargaron de llevarlo a la práctica: ni uno solo acertó en nada.

Pero ahora yo me vi marxista y lo decía sin rubor. Yo entendía que el marxismo había tenido algunos logros inapelables. Uno era el que todo el mundo tomase conciencia del papel político de los grupos sociales. Era como extender la Revolución Francesa a los momentos de calma social. Algo así como hacer que ante una situación que se percibe como injusta, se puede reaccionar porque existe la posibilidad de cambiarla. La rebeldía como valor social, la no aceptación de la injusticia.

Otro logro era la mejora incontestable de los ciudadanos trabajadores con respecto a los modelos del siglo XIX. Esto no es sólo obra del marxismo, claro. Pero creo que sin el marxismo no se habría conseguido o por lo menos habría tardado infinitamente más. O sea, que la presión de los sindicatos y la labor de los partidos socialistas han logrado que las diferencias sociales sean hoy mucho menores que antes, o, si no es así, por lo menos las clases desfavorecidas no sufren miseria.

Los logros más importantes para mí son los del análisis de la Historia y de la Cultura. Pero esto no importa mucho en este texto. Lo dejaremos para mejor ocasión.

El caso era que el marxismo, que es una idea amplia basada en el cambio de perspectiva de la sociedad, que intenta que el individuo cambie su visión del mundo, el marxismo estaba en manos de personas que, todo hay que decirlo, no eran capaces de cambiar sus postulados así los mataran. Los que se quedaron en las posturas comunistas o radicales después de la caída del muro se defendían diciendo que nada había cambiado y que la lucha obrera debía ser la misma siempre y que los burgueses explotaban al proletariado y que la Iglesia, junto al ejército y a la banca, eran los poderes fácticos, y que bla bla bla. Aquello sonaba a rollo viejo que no había quien lo soportara. Aún hoy los hay que sueltan la soflama leninista y se quedan tan panchos.

Esos eran los marxistas. Caramba, resulta que era imposible acercarse a ellos. La realidad había cambiado por completo. En los años setenta, la situación se parecía mucho más a los años veinte que a los últimos ochenta. Quiero decir que los obreros ya no se sentían explotados, que los empresarios no eran percibidos como explotadores, que la Iglesia tenía cada vez menos influencia social, que el ejército se había democratizado,... La juventud no se veía reflejada en las reivindicaciones de esos viejos marxistas. En general, se pretendía más el

éxito personal que la justicia social. El concepto de lo social había cambiado muchísimo. Para entonces era imposible querer hacer una asociación vecinal, un grupo social, una sociedad de personas que compartieran algo común. Cada uno a lo suyo. Esto no lo veían los teóricos y prácticos del marxismo de los primeros noventa.

Era imposible seguir aplicando los mismos esquemas de burguesía decadente, proletariado explotado y candoroso, revolución salvadora, etc. El proletariado prefería pasar la tarde del sábado comprando en el gran almacén, consumiendo en el hipermercado, a hacer la revolución. Eso de revolución era imposible porque nadie pensaba en ella. En realidad, si se hubiera preguntado por ahí, creo que la totalidad de los grupos trabajadores habrían visto con horror una revolución que pusiera en peligro su estándar vital: su hipoteca, su cochecito, sus tardes en el híper. Pero todavía hay quien piensa así.

Todo eso era descorazonador. Parecía que ya no se podía ser de izquierdas. O que ser de izquierdas era simplemente votar al PSOE.

El análisis más profundo de la situación llevaba a ver otra realidad. Todo consistía en una idea sencilla: saltar las fronteras del propio país. No era verdad que no hubiera ya pobre proletariado explotado, ni clase explotadora, ni religiones adormecedoras. Sí existían –y existen–, pero ya no estaban en casa. Mirando sólo dentro de casa no se veía nada de eso y el discurso de los políticos izquierdistas mentecatos era banal, porque seguía centrándose en los problemas domésticos. Ahora los explotados eran los ciudadanos de los países pobres, y los explotadores los ciudadanos de los países ricos. O sea, nosotros. Esta era la verdad, difícil de ver para un militante de la izquierda. Nosotros estábamos en las filas de los explotadores. Cuando nos alegrábamos de que una empresa española hiciera negocios en Sudamérica, estábamos alegrándonos de que una empresa explotadora explotara en Sudamérica. En Europa, la gente es rica, incluso los pobres. Este sueño de riqueza generalizada impide ver dónde está el explotado. El hecho de que los pobres no se vean de cerca –es decir, que la miseria, el hambre, las muertes prematuras y todas esas cosas no convivan con nosotros, en nuestras ciudades– nos convirtió en algo parecido a la alta burguesía del siglo XIX, que se negaba a aceptar que los pobres lo pasaran tan mal como en efecto lo pasaban. Y para solucionarlo, bastaba con ser generoso, dadivoso, y pagar en sociedades benéficas un pequeño donativo. Nuestras sociedades benéficas eran también una nueva creación del momento: las ONG. Esto, visto desde la derecha, es lo normal y es además algo digno de aplauso y un objetivo. Pero desde la izquierda es

triste, es decepcionante. La democracia nos había llevado a ser parte del enemigo. El sueño de Capitalismo produce monstruos. Estos eran nuestros monstruos.

En efecto, las clases sociales existían, lo mismo que antes. Pero el sueño de Margaret Thatcher y Ronald Reagan se había hecho realidad. Un mundo sin límites para imponer la tiranía de los poderosos. La religión que ahora adormecía al pueblo era la riqueza.

En ese contexto, la disputa ideológica se paraba en el día a día político, en la posibilidad de que la derecha alcanzase el poder en España. Como si a esas alturas hubiera ya mucha diferencia entre la derecha y la izquierda. Lo mejor era abandonar.

Creo que fue entonces cuando empecé a decir cosas que justificaban los postulados de la derecha. Nunca he llegado a ser de derechas, pero sí muchas veces a defender lo que decían ellos. Incluso a nivel internacional. No es que esto sea malo, porque a veces tienen razón. Pero da una idea de lo acomodaticio que es el pensamiento. Se va uno haciendo a ver la realidad tal como se la enseñan y llega a verla bien. Parecía que los problemas importantes eran efectivamente las obras públicas de España o si se pasaba de los cuartos de final en una competición futbolística. Ahí estaba yo, discutiendo por defender la verdad con mis amigos de izquierdas. Pero he de decir que me lo ponen fácil, porque los argumentos de la izquierda eran penosos y raramente sobrevolaban –y aún hoy sobrevuelan– las obras públicas o los cuartos de final.

La democracia perfecta.

Y en esa democracia perfecta no valía la protesta de los nuevos revolucionarios. Los jóvenes de los noventa o de los dos mil protestaban por cosas muy raras. Eran demasiado ecologistas, se preocupaban por cosas extrañas, como la vivienda, etc. No perseguían la revolución, la igualdad de los hombres, la desaparición de las clases, no renegaban de la iglesia. Además su protesta tenía más pinta de botellón que de lucha. Se llegó a decir de ellos que eran turistas de la protesta, cuando se congregaban en alguna ciudad para protestar ante una cumbre internacional de mandatarios políticos. En definitiva, su lucha se veía como poco argumentada y muy llena de folclore y de diversión. Como si se organizaran esas protestas sólo para pasarlo bien rompiendo semáforos en alardes de gran violencia. Para los izquierdistas de siempre, estos chicos eran hijos de papá rico que pasaban su tiempo libre viajando a manifestar su violencia por las ciudades de Europa. Pero que luego, en casa, se dedicaban a buscar un trabajo de gran ejecutivo para ganar sueldos astronómicos. De esa manera, la

nueva protesta quedaba descalificada. Yo, y conmigo todos los demás, despreciábamos de una manera o de otra a estos jóvenes poco revolucionarios. He leído un folleto de un sindicato, escrito en los años noventa, en el que se argumenta que esta forma de protesta es inútil y hay que rechazarla porque no busca una revolución, un cambio global de la sociedad, sino que se queda en cosas pequeñas y parciales. Ninguno se mostraba interesado en estas cosas.

Además de todo esto, yo mismo comenzaba a escuchar con más atención a los políticos de la derecha. En los debates televisados de periodistas de opinión, yo muchas veces daba la razón en algunas cosas a los representantes de la derecha. Esta aceptación de algunos postulados de la derecha se daba sobre todo en los aspectos de la economía. La reforma del mercado laboral, la medida de lo bien que va todo según el nivel de nuestras inversiones exteriores (de las inversiones de empresas españolas, claro, que nada tienen de nuestras, o sea, de interesantes para todos los españoles), ese tipo de cosas que nublan la vista y hacen que parezca felicidad lo que sólo es colorido. También debo decir que yo nunca acepté que fuese bueno invertir pensando en multiplicar el capital de uno, así que he huido de eso siempre. Como tampoco he pensado que fuese bueno rebajar los impuestos para que el Estado pierda presencia en la vida de los ciudadanos, y todas esas cosas.

Volvía el pacto de Brassens. El pacto con la realidad.

Y en ese momento (es un decir, ya se entiende), Fidel Castro enferma y yo hablo con mi amigo sobre su figura política. Y un poco después yo discuto con otro amigo sobre la construcción europea. Mi relato vuelve al comienzo, al punto de partida de El pacto I.

Podríamos decir que aquellas dos conversaciones, verme y oírme defender postulados tan poco izquierdistas, todo aquello fue como mirarme en un espejo al pasar por su lado y darme cuenta de que ya no soy como yo recordaba ser, de que la persona que estaba seguro de ser ya no era yo, de que los cambios se habían producido. Entonces pensé que todo eso me pillaba de sorpresa. Quise ahondar de una forma consciente en este descubrimiento. ¿Era un cambio superficial o afectaba a la raíz? ¿Dónde se basaba la hipótesis de que yo fuera una persona con ideología de izquierdas? Para hacer ese examen de conciencia política decidí poner en marcha dos cosas: la primera fue comenzar a escribir estos apuntes; la otra fue documentarme sobre los temas y los argumentos de las

personas que hoy son los ideólogos de la izquierda en el mundo.

La sorpresa fue creciendo cada día. Y la ilusión también.

En un principio yo tenía muy claro que aún seguía aceptando como propios los postulados elementales de la izquierda: la distribución igualitaria de la riqueza, la eliminación de las diferencias de oportunidades, la condena del enriquecimiento personal a costa del trabajo ajeno, etc. Leí entonces algunos libros. Y descubrí algo que me sorprendió. Lo diré a continuación, aun a costa de parecer un ingenuo poco informado, aun a costa de parecer alguien que descubre el Mediterráneo. Descubrí que los movimientos de la izquierda actual eran los movimientos antiglobalización.

Ya he dicho que yo, al igual que otros muchos izquierdistas de mi edad, miraba a estos movimientos con ojos recelosos. No creía que se pudiera tratar de nada serio porque su imagen aparente era la de unos levantiscos muchachos más empeñados en viajar de aquí para allá para tirar abajo señales de tráfico que la de concienciados militantes. Pero entendí en esas lecturas que la globalización no es sólo la difusión general de internet y la eliminación de obstáculos para comunicarse entre sí las personas de puntos distintos del planeta. Se trataba ni más ni menos que de la última generación del capitalismo. Quizá incluso de la forma ideal del capitalismo explotador. Bajo la apariencia de algo moderno y revolucionario, se escondía la expansión de la explotación a nivel planetario, o sea, global. Comprendí que por eso era tan difícil la crítica al sistema, porque habían quitado de nuestra vista la miseria, la habían exportado a otros lugares. Eso era la explicación de que en mi entorno inmediato todo pareciera de color de rosa, los pobres ahora vivían lejos de mí. En Europa se vivía en el mejor de los mundos posibles, tal como se afirmaba. Pero a costa de la condena a la miseria, a la enfermedad, a la guerra y al hambre de millones de africanos, asiáticos, sudamericanos,...

El descubrimiento fue esclarecedor. Además leí con gran alegría que no estaba solo. Que las palabras de los autores de los libros que leía eran idénticas a mis ideas, a mi manera de ver el mundo. Los nuevos marxistas, los que están alejados del eslogan y la contraseña fácil, hacen un trabajo ideológico muy bueno.

Efectivamente, constaté también que ser de izquierdas en nuestros días es mucho más difícil que en los setenta. Ya no hay una clara distinción de valores, ni unas organizaciones políticas como los partidos que te den el carnet de izquierdista. Ahora es más incómodo, porque hay que informarse mucho más, no basta con aprender las verdades que llegaban desde los años treinta, que por

cierto ya no valen casi nada. Cada noticia de los diarios es susceptible de ser analizada y descubre una nueva cara del nuevo capitalismo global. El esfuerzo individual es superior y requiere un nivel de conocimiento superior, un nivel de atención constante.

¿Cómo es hoy la izquierda? Yo creo que en nuestros países hay dos izquierdas: la de votar y la de reflexionar. De la segunda es de la que estoy hablando. La primera es una postura puramente testimonial. Se trata de votar a los partidos socialdemócratas y luchar para que nunca ganen unas elecciones los partidos de la derecha. Como si se tratara de un partido de fútbol entre mi equipo y su eterno rival. Parece que queremos que gane siempre un partido, pero que no nos importa que su gestión sea revolucionaria o no. Y al final, se ve como al enemigo a todo aquel que vota a la derecha y todos los partidos se diferencian en detalles sin importancia que sólo tienen que ver con lo que pasa dentro de las fronteras de un país, lo que al final es sólo puro provincianismo. Se acusa al otro constantemente porque está a favor o en contra del aborto, de subir o bajar un poquito los impuestos, de favorecer a los medios de comunicación, etc., pero nadie habla en serio de no vender armas a países en guerra, de condonar la deuda de los países poco desarrollados, de denunciar prácticas inmorales de los países de occidente, de repartir la riqueza del mundo. Y todo eso no parece importar a los votantes de la izquierda.

Entretanto, la izquierda reflexiva e informada no tiene un canal de difusión verdaderamente eficaz. Internet no sirve para nada en este caso. Se comunican entre ellos, pero nunca llegan al público general. Las redes de intercomunicación son ineficaces a todas luces. Los medios informativos de uso común ignoran estas posturas como si no existieran. Además, nadie quiere oír un discurso que está hecho casi totalmente de denuncias y de críticas a cosas que uno tiene en su casa, que uno hace o ha hecho y considera inofensivas. Ya he dicho que es difícil estar al día de todo, no se puede tener una idea clara que sirva para siempre.

Este pensamiento izquierdista de hoy presenta una característica que lo separa del izquierdismo clásico. Los marxistas, todos o casi todos, han teñido siempre su mensaje de cierto mesianismo religioso. Cuando uno escuchaba a los leninistas era como si oyera a un párroco hablando de Dios, de la iglesia, de la vida futura, de la resignación en ésta. Así había que sacrificar la seguridad o la comodidad presentes para luchar por la liberación de los oprimidos, había que creer en una vida mejor para todos, en un catecismo que estaba escrito por los padres de esta iglesia, que era el partido o el movimiento, etc. Satán estaba

acechando nuestro trabajo revolucionario, bien como enemigo claro, bien como tentación de rendición, de aburguesamiento. Y el pecado, claro, el pecado y el pecador: el traidor a la clase obrera. Este mensaje religioso de la revolución hacía que toda la ideología se asumiese de una manera ciertamente irracional, se adquiría de adolescente y no se abandonaba nunca; se infiltraba en todos los aspectos de la vida. El verdadero izquierdista estaba siempre vigilante y no se dejaba contaminar por las permanentes tentaciones, tales como escuchar música de consumo o leer libros intrascendentes. Ese mensaje irracional calaba hondo y llegaba con suma facilidad a adolescentes y a personas con necesidad de creer en algo.

Pero el nuevo izquierdismo ha renunciado a ese tinte irracional. Ya no hay partido, ya no hay una vida futura distinta de la que tenemos, ya no hay unos preceptos de obligada observancia. Se trata de una reflexión consciente e individual sobre la realidad. Si se quiere otra cosa, esa cosa es una transformación de la realidad. Se renuncia así a la idea de revolución, de cambio inmediato de todos los órdenes. Aunque las protestas son a veces violentas, nunca se pide una revolución violenta, sino un cambio. Se exige que sean los poderes actuales, más o menos democráticos, los que lleven a cabo los cambios. No hay unos líderes que se propongan para gobernar en otro sentido, se exigen los cambios a los que ya hay.

Esta falta de irracionalidad hace que la gente en general tenga más dificultades para asumir los nuevos postulados. Es fácil creer en algo y que me lo den ya todo elaborado. Pero si tengo yo que analizar datos, artículos, noticias, si tengo que deducir intereses malintencionados a partir de unas declaraciones, si tengo yo que ir creando los pilares de mi propia ideología, entonces la pereza me va a impedir dar un paso adelante. Creo que ese factor es también un obstáculo para la difusión de las nuevas ideas. Pero también me parece que esa característica es una liberación y un gran avance (yo diría que histórico) en el pensamiento político: ya no hay una iglesia que nos guíe (el partido), cada uno es libre de ver las cosas como quiera.

Ya he dicho que se ha renunciado a la revolución. Esto visto desde el pensamiento marxista clásico es un desastre, es la renuncia a todo. Pero analizado despacio, sin oír la voz del párroco del partido, no se ve así. Todas las revoluciones que se han hecho hasta ahora han resultado un rotundo fracaso y en la mayoría de las ocasiones han servido para que el pueblo que debería haberse liberado, se haya visto sometido a opresiones personales más duras que las que

sufría antes de la revolución. Además, todas ellas han servido como argumentario eficaz para todos los antisocialistas, de mayor o menor radicalidad. Es hora de plantear la ideología de izquierdas liberándola de la idea de revolución. Esto se puede considerar una postura pragmática. Digamos que es como copiar las tácticas del mundo capitalista: adaptación a la circunstancia sin renunciar a lo básico. Se puede considerar un avance algo parcial. Si se acomete una campaña contra la contratación de niños para las plantas de las multinacionales, deberemos considerar un éxito que algunas de esas multinacionales dejen de contratar a niños. Ciertamente no se ha hecho la revolución total, pero se ha conseguido algo.

Esta ideología debe ser paciente. Y también consciente de que su propósito (no lo olvidemos: que el capitalismo acabe) no es tarea de una generación, sino de muchas. Hay que ir dando pasos poco a poco.

Esto no es muy atractivo para la mayoría de la gente, que percibe por todo ello que esta manera de pensar es una inutilidad, algo absurdo y que va contra todo por sistema. Recuerdo ahora a mi amigo Ginés, que dijo en cierta ocasión “El mundo se ve mejor desde la derecha”. Es verdad: desde la derecha todo está bien, nada es criticable, el cambio climático no se está produciendo en realidad, el enriquecimiento hasta niveles ridículos de algunos individuos es el objetivo de cada uno de nosotros, los impuestos nos impiden vivir como queremos, dado que todos son unos corruptos no está mal que yo mismo sea también un corrupto, etc. Cuando se sitúa uno en la izquierda es cuando hay que dar explicaciones de todo, cuando hay que razonar cada idea y cada postura.

Pero es lo que hay.

Yo estoy muy contento de haber reencontrado la dirección del pensamiento de la izquierda. Me ha costado renunciar a algunos de los principios del pensamiento clásico, pero me ha liberado de ataduras absurdas. Aplaudo las iniciativas transformadoras vengan de donde vengan, de Amnistía Internacional o de Cáritas diocesana. Critico a Gordon Brown (un laborista) por negarse a intervenir en los paraísos fiscales, verdaderas Islas de la Tortuga de nuestro tiempo, y aplaudo a Angela Merkel (una derechista) por su empeño en prohibir los hedge funds, descarados chiringuitos de timadores sin escrúpulos.

Este pensamiento izquierdista sin revolución es un motor sin posibilidad de desfallecimiento. Al no haber un objetivo a corto plazo, nunca se deja de estar en la lucha. Ese es el pacto con la realidad de hoy en día. Cada mañana, cuando me levanto, formulo los términos de un pacto con la realidad. Unas veces gana ella y

yo me tengo que conformar con ser un hombre acomodaticio e incapaz de transformar nada. Pero la mayoría de los días pactamos que hay que cambiar algo, que no hay que conformarse. Y entonces lo digo bien alto.

Ese es el sentido de este relato casi autobiográfico.